

SAN Antón, San Sebastián, San Fabián, San Babil, San Pablo, San Victoriano y otras advocaciones del solsticio invernal, recibían el sobrenombre común de "Santos barbudos" o de "caputillo", según conocimiento iconográfico de nuestras gentes montañesas. Lo de **barbudos** y **caputillo**, según la teoría popular, se debía a que así estos ascetas combatían

tierra: se comenzaba a vislumbrar el apocamiento del invierno (alegoría campesina de la muerte) y se observaba la reviviscencia de la tierra pródiga, alegorizada en los incipientes signos primaverales. Para otra fecha dejaremos el complejo ritual de las **cheras** o festivales ignicos de carácter público, con sus teorías explicativas purificadoras o solares. Era un hecho empírico que en esos días comenzaba a alargarse el día

Una versión hagiográfica legendaria, transmitida por el alma popular a nuestros días, hace oriundos de Francia a los **santos de caputillo** y con el característico énfasis pragmático de los pirenaicos, hacen que la causa de su llegada al Alto Aragón esté ligada a la **faina de coger olivas**, según nos argumentaron en Biscarrués. No concebían otros móviles como los evangelizadores, ni otras causas más antiguas, como la santificación de una época crítica de la naturaleza.

En la altiva aldea ribagorzana de Chía, la festividad de San Antón era muy celebrada y vistosa y recibía la denominación de **fiesta de los casásus**. Era muy tradicional en todo el Alto Aragón, la emulación y competencia entre el grupo social de los solteros y el de los casados. En ocasiones, esa rivalidad derivaba en pugnacidad.

Don Mariano Plaza nos asesoró sobre la organización y detalles de la **fiesta de los casásus**. La fiesta comenzaba con el típico recorrido o ronda de cuestación, que discurría casa por casa. Los **casásus** pasaban con canastas e iban recogiendo los obsequios, esencialmente culinarios: patatas, longaniza, jamón (en esa época, comenzando por la Purísima y acabando en la Candelera, estaba en auge y sazón la tradicional matacía y en las casas había una inusitada abundancia cárnica). En algunas casas, en virtud de un voto, en aras de pedir el patrocinio del santo, que tenía abogacía sobre los animales domésticos, en especial las caballerías, o también si se hallaba enferma una persona y se le tenía particular devoción, se donaba al santo las patas del cerdo de la matacía doméstica (al santo se le representaba iconográficamente acompañado de un **cochín**).

También se daba dinero, que estaba destinado a sufragar las misas en honor del santo; a veces esas misas tenían un sentido coyuntural o patrocinador. En la ronda también era tradicional donar trigo. No había vecinos remisos y el sentido participativo era total; en palabras del informante **el que más y el que menos daba pa la merienda o daba para el santo**.

Los encargados específicos de la organización de los actos eran, invariablemente, los **mayordomos nombráus del año**, nombrándose regularmente dos o tres. El acto más holgorioso de las fiestas era el de la subasta; tenía lugar en la plaza mayor, debajo del nogal. En primer lugar se procedía a subastar las patas de cerdo (alimento ritual en otras aldeas pirenaicas); aquí se denominaban más bien **manos**. La subasta era concurrida y disputada (la **chen se calentaba** o **sobrepujaba**); no era extraño que se triplicase el precio de tasación de salida y si una **mano** salía a subasta por cinco pesetas, acababa siendo adquirida en quince; como en otras pujas, la superstición del orgullo prevalecía en los postores, pues adquirir las **manos** constituía un acto de prestigio social. El baremo de precios que se ha citado corresponde al final de la década de los cuarenta. Sobre los años sesenta se perdió esta tradición comunal. El mayordomo portaba las **manos** y la gente iba **encimando**-sobrepu-

jando-, pasando a ser propiedad del que había efectuado la oferta más alta. El licitador propietario llevaba las **manos** a su casa y era tradicional guisarlas en caldo, lo cual tenía un sentido preservativo y ceremonial, ya que poseían propiedades beneficiosas al estar **benefitas** por su agregación al santo.

Después se procedía a subastar el trigo recolectado. Una cantidad frecuente era reunir entre cuarenta o cincuenta kilos de trigo. Se subastaba por cuartales (medida de capacidad de áridos equivalente a ocho almudes, unos ocho o nueve kilos).

El subastador daba orden de comienzo diciendo: "**a cinco pesetas el cuartal**". El trigo era trasladado a la casa del propietario que lo había adquirido en la almoneda y lo destinaban a la molturación, siendo consumido por el grupo doméstico; naturalmente por provenir de la subasta del santo, también poseía propiedades taumáturgicas. El dinero recaudado lo llevaban los mayordomos al **mosen**, con el propósito de que sirviese para financiar misas. El cura, después, anunciaba públicamente y con la debida antelación: "**tal día diré misa pal santo**" y el vecindario, a criterio particular, acudía a la convocatoria pía o no.

Tras la subasta se hacía baile; el baile estaba amenizado por **mosicos** aficionados de la aldea; los instrumentos musicales más frecuentes eran guitarra y bandurria; el uno era de Jorge Mur de casa "Dorotea" y el otro Jorge Mora de casa "Ciresa". En ocasiones y tal vez por un contextual desahogo pecuniario, acudían **mosicos** con un cierto grado de profesionalización, como los **violineros d'Eriste**.

Cuando concluía la primera sesión se iba a cenar. El ágape festivo estaba compuesto por los alimentos colectados en la cuestación de los **casásus**. El lugar de la celebración era la cantina. El menú más frecuente eran **güevos regüeltos con tocino**, patatas fritas y longaniza asada. El vino corría a expensas del colectivo de **casásus**, patrocinadores de la festividad, aunque si los solteros contribuían voluntariamente no se rechazaban sus aportaciones. La cantidad de vino eran dos o tres decálitros para beber y otros dos o tres para **fer poncho** (con canela, melocotón y algún **tropezón de pelas** de naranja). El ágape comunal era privativo del sexo masculino (acudían **mocés**, mozos y casados). Este rasgo social segregatorio es frecuente en la organización sociocultural pirenaica: eso mismo y en ese día les ocurría a las **mulleres** de Barbenuta, en el Serrablo. No existía una prohibición expresa; las mismas mujeres, por una especie de remota convención social, se inhibían de participar en la francachela. La segunda sesión de baile se prolongaba, gracias a la sensorialización dimanante del **lifariar** y el **traquiar**, hasta las tres o las cuatro de la mañana.

El carácter comunal y heliogáblico de las festividades sociales, suelen ser aspectos y manifestaciones metamorfoseadas de su sentido primitivo, pues originariamente responderían a una conceptualización mágica de la existencia.

San Antón, Chía y los casaus



Mariano Plaza, informante de Chía, posando junto al tradicional cuartal (Foto de Carmen Juan Trigo)

el rigor invernal; casi todas eran advocaciones celebradas entre nieves y ventiscas.

San Antón, a cuya advocación se rendía culto el día 17 de enero, era uno de los más celebrados. En el calendario rural de festividades, este santo era escogido en muchas aldeas para patrón de las denominadas **fiestas chicas** o **invernales**. Estas fiestas tenían un paralelismo conceptual con las del solsticio de verano y ambas se adaptaban a los ciclos reproductores de la naturaleza, teniendo un trasfondo espiritual pagano. Esos días del solsticio de invierno eran graves y críticos, pues en esa época tenía lugar un acontecimiento que no por reiterativo proporcionaba incertidumbres a las gentes relacionadas con la

solar y que las destemplanzas invernales remitían. Por esta causa nos hallamos ante un periodo mágico-litúrgico especial.

También era una época para establecer balances administrativos y para establecer si las **casalerías** o **amas de casa** habían sido **ahorraderas**. Los montañeses santificaban el acto del ahorro:

"Pa San Antón d'enero, mitá paja, mitá granero y cochino, entero".

Para San Antón de enero daban comienzo los tiempos diónicos de las **garrastulendas** o **carnavales** y tenían lugar numerosos cultos, como los expulsatorios de los malos espíritus o emisarios de la muerte.

"En pasando San Antón, garrastulendas son".

Por José Damián DIESTE